

CIUDAD JUÁREZ

ARQUITECTURA, MEMORIA Y OLVIDO

Elide R. Staines Orozco

Las arenas, sin un soplo, muertas están

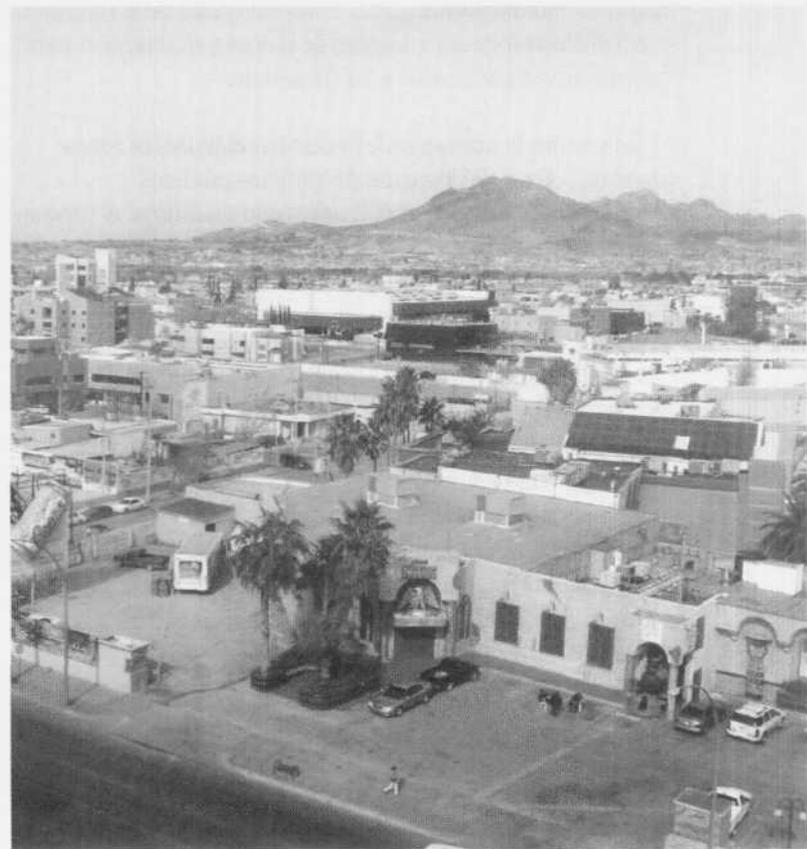
Omar Khayyam

Ciudad Juárez, en la polvorienta frontera norte de México, ha sido siempre una ciudad de paso y de migrantes. Muchos cruzan la línea añorando el regreso a sus tierras de origen, otros se arraigan con la expectativa de hacerlo algún día y al final se quedan aquí al nacer sus hijos o al sepultar a sus padres. La ciudad surge sin concierto y cualquier lugar próximo al río Bravo ha sido propicio para asentarse. Sólo aquellos que perdieron la expectativa de vivir al otro lado pusieron cimientos en sus casas y consolidaron su vida como juarenses. Los materiales de las viviendas de la ciudad han estado siempre en relación directa con la definición de irse o de quedarse: cartón para quien lo hizo con celeridad, madera para el indeciso, piedra para el que no se moverá. Ciudad pujante, por la capacidad de sus hombres y mujeres para vencer obstáculos y soportar el clima inclemente, seres que representan lo mejor de los lugares que han dejado: fuertes, aguerridos, temerarios, valientes, dispuestos a todo riesgo, incluso de su vida. Ciudad que persiste en asumir una personalidad o estilo propios, pues sus habitantes, que provienen de múltiples regiones, buscan coincidencias. Los espacios y formas son distintos, como las costumbres; los colores, diversos, se expresan y se funden con la arena del desierto. Es la heterogeneidad, quizá, su propia personalidad.

La arquitectura en esta frontera se inventa frente a la diversidad multicultural de una ciudad que no termina por asimilar el pasado, que construye y destruye, que improvisa y descubre, que se relaciona con lo que tiene enfrente, ciudad que elabora su historia, su propia historia, a partir de cada día. Aquí no existen fastuosos monumentos, grandes palacios o catedrales suntuosas. La falta de mano de obra indígena privó al norte mexicano de las maravillas que son orgullo de Puebla, Querétaro, Morelos, Oaxaca o San Luis Potosí. Aquí nada había, coinciden los historiadores, salvo tribus batalladoras, montañas y llanuras del desierto chihuahuense. No obstante, hombres y mujeres llegados de otros lados han dejado huella y constancia de su paso, aun sin darse cuenta, en un proceso de adaptación en donde sólo cuenta el presente. Finalmente, el desdén por el pasado no es otra cosa que eludirlo, incertidumbre por volver a lo que les pertenece. Eso precisamente distingue a los migrantes de

quienes están enraizados en sus pueblos, que cuidan y acarician lo que han visto por generaciones y sienten suyo, que se reconocen en el agua de sus fuentes, en las piedras que transpiran trabajo. Quien se queda en su lugar de origen no sufre desprendimientos dolorosos.

Migraciones sucesivas de gente del sur, como los colonos tlaxcaltecas a finales del siglo XVI, los peones y arrieros michoacanos, los trabajadores originarios del centro del país durante el porfiriato, buscando mejores salarios en la construcción del ferrocarril central mexicano, que se inaugura en 1884 conectando a la Ciudad de México con Paso del Norte. Este hecho marca por cierto el inicio de la llegada de los mormones al estado de Chihuahua y trajo consigo también a un grupo numeroso de asiáticos para participar en actividades hortícolas. Vendrá después el arribo de repatriados expulsados por las depresiones de 1929-1933 en el vecino país del norte y, años más tarde, se acordará el Programa Bracero (1942-1964), por el cual casi 5 millones de mexicanos entraron a laborar en los campos agrícolas estadounidenses. Más recientemente, el fenómeno de las maquiladoras provocará una fuerte





Misión de San José. Foto: Elide Staines Orozco

afluencia migratoria de indígenas y campesinos del sur, lo que ha convertido a Juárez en la quinta comunidad demográfica de México. Todo esto ha culminado con la frustrada reforma migratoria en Estados Unidos, cuyos efectos se perciben actualmente.

La historia propiamente juarense pareciera encontrarse en un eje intermedio, o en una ambivalencia, como lo es por definición la frontera misma, un punto en el cual no alcanzamos a determinar qué comienza o qué termina. La esencia de la ciudad ha sido siempre servir de paso, ser refugio provisional o simplemente lugar de encuentro. Sabemos que Alvar Núñez Cabeza de Vaca llegó a estas tierras en 1533 y que Juan de Oñate levantó el acta de posesión, durante la conquista del territorio de Nuevo México, en 1598, en el sitio en donde más tarde, en 1659, sería fundada la Misión de Nuestra Señora de Guadalupe de los Mansos de Paso del Norte, hoy Ciudad Juárez, situada precisamente ahí porque representaba entonces el paso adecuado hacia el norte. A fines del siglo XVII el asentamiento se pobló de manera excepcional con centenares de migrantes provenientes de Santa Fe, a raíz de la revuelta de los indios pueblo. Se sufrió aquí más tarde el arribo de los invasores yanquis, en 1846, cuando Estados Unidos declara la guerra a México con motivo de la reclamación que éste hace por la anexión de Texas un año antes. En 1848 es firmado el Tratado de Guadalupe, mediante el cual México pierde Texas, Nuevo México, Colorado y Alta California como indemnización de guerra y se declara a Paso del Norte como frontera. En 1853 perderemos otra fracción de nuestro territorio chihuahuense, mediante una operación de compraventa realizada por el presidente Santa Ana. Y en el periodo 1865-1866, cuando la intervención francesa, Paso del Norte recibirá al Presidente Juárez, quien establecerá aquí el gobierno de la república. De este hecho tomará posteriormente su nombre actual: Ciudad Juárez, dejándole a la población estadounidense del otro lado del Río Bravo el nombre de El Paso.

La memoria del pasado la hemos encontrado bajo las arenas de Samalayuca, a 50 kms. de Juárez, en petrograbados, restos



Tin Tan. Foto: Elidhe Calderón Staines



Monumento Benito Juárez.
Foto: Elidhe Calderón Staines

fósiles de animales marinos, arte rupestre con figuras femeninas, animales, escenas rituales y de cacería, vestigios de casas habitación, artefactos rústicos fabricados en hueso y piedra; y también en Tres Castillos, en el municipio de Coyame, a 150 kilómetros de la ciudad de Chihuahua. Las incursiones de los apaches en todo el territorio eran frecuentes, hasta que fueron exterminados después de una guerra que duró 200 años. Sólo es necesario viajar a la región de Trans Pecos, Tagle Springs, Van Horn o Hot Springs, para conocer de cerca el legado de Victorio, que representa la culminación del poderío apache, líder invicto sucedido por Juh y éste a su vez por Jerónimo, el único jefe apache que ha trascendido debido a que sobrevivió a la guerra, recluso miserablemente, como trofeo, en una reservación de Oklahoma. La historia se conoce por quienes la vivieron y relataron a través de testimonios consignados en archivos del Estado, eclesiásticos o parroquiales, en donde podemos



Interior de la catedral de Ciudad Juárez. Foto: Soriano

constatar los contratos para la construcción de un puente internacional para tranvías a mediados del siglo XIX, escuelas públicas, la cárcel, adjudicaciones de terrenos y permisos de construcción, así como leyes, decretos, circulares o manifiestos sobre asuntos relacionados con el gobierno, el ejército, la educación o la defensa de la nación.

Sin embargo, la arquitectura es quizá la mejor expresión de la huella del hombre en la tierra: calles, edificios y monumentos son memoria colectiva, que podemos ver, recorrer y tocar. En esta región tan apartada, las misiones franciscanas de evangelización dieron paso a los presidios militares, en razón de las revueltas de los indios; ahí están aún, próximas, a nuestro alcance, la reservación de los indios Tiguas en la misión de Ysleta, las misiones de Socorro y de San Elizario, en Nuevo México; y las que aún nos pertenecen, como las Misiones de Senecú (1630), de Guadalupe (1659) y de San José (1785), que en la parte trasera alberga un camposanto de familias encumbradas de la época. Este conjunto histórico quedó reducido a la mínima expresión al quedar aprisionado por construcciones y vialidades modernas de todo género, lo que marca una notable diferencia con los testimonios arquitectónicos del otro lado de la frontera, que han sido respetados y lucen su esplendor. Casos similares abundan en nuestro medio: edificios públicos y comerciales, escuelas, templos y monumentos, estaciones y bodegas de ferrocarril están expuestos al deterioro, como la Garita de Metales (1885), y otros en alarmante decadencia, como la Escuela Superior de Agricultura Hermanos Escobar, de principios del siglo pasado, que fue banco de sangre durante la toma de Ciudad Juárez por los revolucionarios, en 1911. La escuela Revolución, de estilo Art-decò, construida durante el cardenismo, con vitrales y emplomados de Fermín Revueltas; o las Estaciones Médanos y Samalayuca, con sus oficinas y bodegas del siglo XIX, están en el mismo caso.

Otras construcciones prevalecen, como la ex-Aduana, con 122 años de existencia, sede de la entrevista Díaz-Taft en 1909 y en donde se firmaron los Tratados de Paz de Ciudad Juárez, en 1911, que dieron fin al régimen de Porfirio Díaz. Este edificio es actualmente museo y centro cultural. La casa del administrador, de la misma época, es hoy recinto de los juarenses distinguidos. Mencionemos también la Escuela Secundaria Federal I, que funciona como tal; el Hotel Sur (1919), que operaba con casino en la época de la prohibición en EU; el Templo Bautista (1921), con la historia de la congregación que inicia en 1906; la Botica La Palma, después Club San Luis, una cantina que permanecía abierta las 24 horas y ahora es local comercial; el Edificio

Sauer, de gran versatilidad al incorporar en su historia cantinas, locales comerciales, despachos y oficinas públicas; la antigua presidencia municipal, hoy casa de cultura, originalmente construida como casa consistorial en un conjunto que incorporó un presidio militar (1685); el Templo de San Lorenzo (1820), destruido un par de veces por las crecientes del Río Bravo, remodelado en 1993, cuyas bancas originales fueron reemplazadas, perdiéndose la identidad y nomenclatura de los antiguos vecinos del poblado; el Cementerio Tepeyac (siglo XIX), con tumbas y mausoleos de estilos arquitectónicos variados y personajes de múltiples nacionalidades; el monumento a El Chamizal (1967), conmemorativo de la devolución de 177 hectáreas por EEUU a México, segundo parque nacional después de Chapultepec (en este conjunto merece especial atención el monumento a Don Benito Juárez, inaugurado con motivo del primer centenario del natalicio, construido con mármol de Carrara, piedra y bronce y restaurado en 2006); el Sitio Despacho de Benito Juárez, a un lado de catedral, que en su momento fue cuartel, hoy banco, en donde se instaló el gobierno liberal entre 1865 y 1866, siendo destruido durante la Toma de Cd. Juárez en 1911; el Edificio Victoria, en total abandono, en cuyo lugar se situó la casa de Inocente Ochoa, donde vivió el Presidente Juárez y pernoctó Porfirio Díaz con motivo de su entrevista con el Presidente Taft, en 1909; la Plaza de Armas (1885), que en 1980 fue desmantelada, cortados sus árboles y retirado su kiosco inaugurado en 1910; el Centro de Convenciones del INBA (1964), que al igual que el Museo de Arte y el Centro Artesanal formaron parte del conjunto urbano arquitectónico PRONAF y fueron salvados de ser demolidos por especuladores y comerciantes voraces gracias a la defensa y participación ciudadanas. Estos últimos edificios quedaron ahogados entre galerones sin valor estético de un centro comercial mal planeado y desarticulado, en el que predominan los espacios inútiles. Finalmente, la Catedral, una bien lograda obra,

relativamente reciente (1941), localizada a un costado de la Antigua Misión de Guadalupe.

En este inventario, deben mencionarse las edificaciones que se han perdido en definitiva: el Edificio Moroleón, construido a finales del siglo XIX, con una mezcla de estilos Victoriano y Chicago-Federal; la Casa Oppenheim, de artículos importados (1892); el Antiguo Cuartel Militar (1890), escenario de la rendición de las fuerzas federales con motivo de la Toma de Juárez, en 1911, destruido para crear un mercado de ambulantes; el cine Reforma, demolido después de incendiarse parcialmente, hoy mercado, antes fue el Cine Alambra y originalmente un edificio que hospedó a los colaboradores del Presidente Juárez (1865-1866); la Plaza de Toros de los hermanos Melchor y Angel Calderón (1899), en lo que hoy es el Mercado Cuauhtémoc; el Teatro Juárez (1903), hoy calle Cerrada del Teatro; el Hipódromo (1909), fraccionado y transformado en colonia residencial (en la década de los 60s fue construido lo que hoy opera como Hipódromo y Galgódromo). Entre las pérdidas recientes, cabe mencionar el Hotel Camino Real, construido en la década de los 60s como parte del PRONAF, con un diseño del arquitecto Ricardo Legorreta, y representativo de la arquitectura nacional, que se dejó morir antes que considerar su rescate, para convertirse en estacionamiento; así como la Plaza de Toros Monumental (1957), considerada entre las cuatro más importantes del país, demolida en 2006 para construir un Wal-Mart. Una ironía más.

Diversos monumentos y edificios que han formado parte del quehacer diario de la comunidad, se refieren a personajes que representan valores culturales cotidianos: la Quinta Anita y la Mansión Mora, esta última casa de Juan Gabriel, construidas en los años 40 y que marcan un estilo arquitectónico de las familias adineradas; el Hotel San Antonio, en donde se hospedó el Presidente López Mateos cuando llegó a Juárez a la entrega de El Chamizal en 1964; el Mercado Juárez (1945), lugar obligado para el turismo local y extranjero por su variedad de comida y artesanías; la Plaza de Toros Alberto Calderas (1957), hito en el contexto urbano, originalmente construida en 1939 y reabierta en 2007; la Escuela Emilio Carranza, que fue convento de religiosas hasta 1920, siendo evacuado durante la persecución religiosa; la Parroquia del Sagrado Corazón (1937), originalmente oratorio de la familia Samaniego; el Jardín de Niños Benito Juárez, pionero en proporcionar desayunos escolares; el Cine Plaza (1947), ejemplo de art-decó, actualmente local comercial; y el edificio Paso del Norte (1906), reconstruido como restaurante en 1993.

Tenemos finalmente otras referencias de arte urbano, como son los siguientes monumentos: a la Madre (1954-1955), a los Trabajadores (1987); al Club de Leones (1984), fundado en la localidad en 1934; al Club Rotario (1996), fundado en

1926; El Encierro (1958), escultura sobreviviente a la demolición de la Plaza de Toros Monumental; a la Toma de Cd. Juárez en 1911; la Pila de la Chaveña (1915), referencia a una gestión que privilegió obras hidráulicas de la ciudad; el Parque Borunda; a Baden Powel, fundador de los Scouts; a los Hermanos Escobar, fundadores de la Escuela Superior de Agricultura; a Abraham Lincoln (1964); a José Ma. Morelos y Pavón; a Emiliano Zapata (1980); a Abraham González (1967); a Benito Juárez, en la entrada a la ciudad; a Miguel Hidalgo, con su parque (1953) y dos a Tin-Tan, célebre artista originario de estos lares. Muchos más serán incógnita: ¿dónde quedó el presidio construido por el gobernador Otermín entre 1680 y 1693, cuando Paso del Norte se convierte en capital de Nuevo México?; ¿en dónde el presidio de El Carrizal, el kiosco de la Plaza de Armas, inaugurado en 1910, las bancas de fierro fundido que fueron reemplazadas durante la remodelación de la Plaza de San Lorenzo, el obelisco frontal del Monumento a Juárez?; ¿en dónde quedaron los tranvías o el reloj público?

Paradójicamente, en los últimos 15 años la ciudad se ha saturado de monumentos de todo género, desproporcionados en su mayoría, sin guardar escala, algunos tan pequeños que no se aprecian, otros con bases, placas o reflectores mayores a las obras que complementan, con personajes en abstracto: al papelerero, al bombero, al anciano, a Diógenes. Sobresalen las esculturas metálicas al estilo Sebastián, en una franca competencia por heredar íconos. Ninguna por supuesto competirá con la que construye este escultor en los terrenos de El Chamizal, que tendrá una altura de 63 metros. Es por demás alarmante que, teniendo tantos sitios referenciales en el abandono, las autoridades sigan actuando discrecionalmente, como si el pasado no existiera. Resulta contradictorio que mientras las nuevas obras públicas, por insignificantes que sean, cuentan con su placa de bronce conmemorativa, el 65 % de las placas de los monumentos y sitios históricos de la ciudad se hayan perdido por el descuido y el saqueo. Preocupa tanto como el cambio de nombre a vialidades que en su trayecto incorporan hasta cuatro nombres diferentes.

¿Qué hacer para asimilar que nuestra ciudad dejó de llamarse Paso del Norte desde 1888? ¿Cómo hacer que la ciudad nos pertenezca, cómo hacerla nuestra, cómo hacer para quererla y recuperar un pasado tan lejano, que parece ajeno? Pero también, ¿cómo quitarle el estigma de que es una ciudad de paso? Al fin y al cabo, quedándonos o no, todos sus habitantes somos protagonistas, todos somos juarenses. ■

Elide R. Staines Orozco. Doctora en arquitectura por la UNAM, especialista en temas bioclimáticos de ahorro energético y maestra de tiempo completo de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Presentó recientemente el libro *Inventario de Monumentos Históricos y Edificios Relevantes de Cd. Juárez* (coordinadora), en el marco de la inauguración de la librería universitaria y del III Festival Internacional Chihuahua, así como en la Facultad de Arquitectura de la UNAM.